

INGENIERÍA DEL AGUA Y DESARROLLO SOSTENIBLE

El progreso a lo largo del siglo XX ha sido espectacular. Su ritmo de crecimiento da vértigo, por comparación con patrones de hace cincuenta años. Como no podía ser menos, entre los logros positivos cabe anotar valores que suelen ser reflejados en índices diversos de la calidad de vida de la que disfruta el ciudadano medio de hoy, pero tampoco ofrece duda que este disfrute no ha salido gratis a la sociedad. Es evidente, por ejemplo, que el agua y su disponibilidad contribuyen a sustentar el elevado status urbano y rural del español, pero también lo es que la factura pagada como progresivo deterioro del ambiente comienza a inquietar muy seriamente a la opinión pública. El agua, como recurso natural renovable esencial, es uno de los paradigmas del delicado equilibrio entre disponibilidad, uso y abuso de un bien siempre necesario y a la vez muy vulnerable. Procede, por tanto, que el capítulo de sus costes sea abierto y estudiado.

Los ríos, humedales y acuíferos nuestros (es decir, de todos), junto a nuestros, valles, barrancos y costas, en nada se parecen a los que vieron quienes nos precedieron. Las diferencias son muy notables, tanto en sus aspectos positivos como negativos. Pero entre estos últimos, ya no cabe hablar sólo de amenazas sino también de daños, con el riesgo de lo irreversible. Lo que estos daños pueden representar tiene una dimensión terrestre, y no podía ser menos al tratar del agua, cuyo ciclo en el sistema cerrado que es la Tierra tiene ese carácter global. De ahí que su tratamiento también haya de encontrar el eco unívoco de una respuesta a escala global. Es este espíritu el que parece mover a la creciente preocupación social por el progresivo deterioro de nuestro entorno, y de ella se hicieron eco las Naciones Unidas cuando a su Comisión de Medio Ambiente le fue encargada la elaboración de *Un programa global para el cambio*. Tres años después, en 1987, ve la luz el informe *Nuestro Futuro Común*, en el que, por vez primera, se define el desarrollo sostenible como aquél que “promueve el progreso satisfaciendo las necesidades de las generaciones presentes sin comprometer el de las venideras”. Pero quince años después de su definición, ese concepto de tan

gran calado y unánimemente aceptado es aún mucho más invocado que llevado a la práctica con políticas concretas. En efecto, durante ese tiempo se han ejecutado muy pocas de las acciones listadas sobre la aplicación de criterios integrados para el aprovechamiento, ordenación y uso de los recursos de agua dulce. Así fue reconocido por los máximos responsables de esas actuaciones, al dejar constancia de que “*en lo relativo al medio ambiente hay una discrepancia alarmante entre compromisos y acción*”, conclusión a la que se llegó en la cumbre mundial de ministros de medio ambiente celebrada en Malmö en 2000.

De forma parecida, voces muy autorizadas siguen registrando esa alarmante realidad que todos podemos constatar, como la de Mijaíl Gorbachov, en su calidad de presidente de Cruz Verde Internacional, quien se ha expresado en los términos críticos que siguen: “*Durante y después de la Cumbre sobre Desarrollo y Medio Ambiente, celebrada en Río en 1992, percibí un abrumador clima de entusiasmo y esperanza por el futuro. Era un tiempo de optimismo y, en retrospectiva, de inocencia, ya que todo el mundo celebraba el fin de la Guerra Fría. Diez años después nos vemos rodeados por un clima diferente, de cinismo y, para muchos, de desesperación. Algo que difícilmente causa sorpresa, si se tiene en cuenta que el medio ambiente sigue deteriorándose de manera alarmante*” (abril de 2002). En la fecha tan reciente de esta declaración, aún cree necesario recordar que “*El agua es el ingrediente más importante para el desarrollo y la estabilidad*” para añadir que “*Sin acceso a un suministro de agua básico, uno se ve expuesto a sufrir enfermedades, pobreza, degradación ambiental y hasta conflictos*”.

Hasta aquí la simple exposición de unos hechos explicables, aunque no justificables, a partir del conocimiento de la condición humana. En efecto, ésta induce a desarreglos en el funcionamiento de las modernas democracias, a través de una doctrina del corto plazo que, evidentemente, propicia una política incompatible con la preservación para

generaciones futuras de nuestro entorno natural. Esas disfunciones han de ser combatidas desde dos frentes. El primero, el de la sensibilización y educación en materia de preservación ambiental. El segundo, el de la ingeniería y, muy especialmente, la del agua. Es sobre todo en este segundo frente científico y técnico en el que esta revista *IA* desea encontrar espacio para prestar su contribución con la mayor firmeza y decisión. Porque sólo a partir de diagnósticos equitativos y certeros, que propicien soluciones sostenibles al margen del oportunismo en el corto plazo, se podrán satisfacer las necesidades permanentes, es decir, las actuales sin comprometer las venideras.

Hoy parece evidente que se ha avanzado mucho en tecnología y que no es necesario avanzar más en los dichos, aunque sí en los hechos. Con estas premisas se va a celebrar la segunda cumbre mundial de la Tierra, en Johannesburg. Vistos los antecedentes, hay que ser muy optimistas (o inocentes como dice Gorbachov) para pensar que puedan derivarse medidas concretas y efectivas de sus acuerdos y conclusiones. Medidas que, de verdad, promuevan el uso sostenible de los recursos naturales y, en particular, el del agua. Pero, en cualquier caso, y tal cual dice la sabiduría popular, la esperanza es lo último que se pierde. Otorguémosle, pues, a esta cumbre mundial el beneficio de la confianza.